

C

(segunda parte)

Aristónico Casas



Por lo de “hacerme un hombre, médicamente hablando” ya puede suponer cualquiera lo que quiero decir. Y para quien no lo pueda suponer aquí va este botón de muestra. Por recomendación de un amigo, quien a su vez tenía otro amigo de toda la vida, médico –especialista del aparato digestivo, además- pedí cita en el hospital en que fungía éste para que me reconociese. El Dr. K, llamémosle así de momento –más tarde entenderemos p or qué-, tenía su despacho en la primera planta del Hospital del Rey, centro pionero –a decir de él mismo- en el estudio y la aplicación de terapias de hígado.

Hacia allí me dirigí y tras esperar mi turno, pasar a su consulta y saludarnos –nos conocíamos ya aunque más, desde luego, por lo poco que de ambos nos contaba nuestro común amigo- me siento frente a él y le explico. Me hace un reconocimiento en el que me palpa el abdomen y volvemos a interponer la mesa entre ambos. Tienes el hígado inflamado, me comunica. ¿Mucho?, pregunto. Aproximadamente un 20%, me detalla. Sería difícil apreciar eso incluso teniéndolo a la vista, pienso yo.

Mira, continúa, el único tratamiento que tiene la hepatitis C es el Interferón Alfa. Para poder-telo administrar, es muy caro –hizo este inciso- tenemos que saber el estado real de tu hígado, y para eso hay que hacerte una biopsia, ¿sabes en qué consiste esta prueba?, me preguntó. Sí, respondí algo molesto ya porque sabía que a lo que se refería es a una extracción de un trocito de hígado pinchando con una jeringa o artefacto similar a través de la pared abdominal. Y él había dicho “prueba”. Eso no es ninguna prueba, nadie va a probar nada. También podía ser que se hubiese equivocado, no por emplear la palabra sino el subterfugio, y no obrase de mala fe (desde luego que cada cual se engaña como puede porque cree lo que quiere, lo que le conviene creer). ¿Y tiene peligro esa prueba?, le pregunté. Puso un gesto de desdén torciendo la

boca y dijo, un cuatro por mil. Sabes que tienes que firmar un documento por el que asumes toda la responsabilidad..., añadió.

Ya, contesté, por el cuatro por mil..., por cierto, ¿te ha tocado uno de esos, de ese cuatro por mil?, pregunté intrigado. ¡La semana pasada se me quedó uno en la camilla!, responde, ufano. ¿Y tuviste tú responsabilidad en...? ¡Tenía sida y estaba terminal!, me contesta interrumpiéndome.

A todo esto ha estado rellenando lo que supongo será mi ficha de paciente con datos que me pregunta intercalados en nuestra conversación, que como un río que se separa en dos brazos vuelve a reunirse para empujar con mayor caudal al formular la siguiente pregunta: ¿Tomas o has tomado drogas? No, respondo. ¿Nada, ninguna, de ninguna clase, ni un porro? Bueno, aclaro, supongo que me haces esta pregunta por los posibles hábitos de intercambio sanguíneo que pueda tener o haber tenido, por lo que infiero que te refieres a heroína, cocaína u otro tipo que comporte ese intercambio. Ya te he dicho que hasta la fecha he tomado alcohol... ¿Sólo?, insiste de nuevo. Pues sí, sólo, hago lo propio. ¿Ni porros?, vuelve a la carga. Bueno, pues..., supongo que alguna calada le habré dado a alguno que me hayan pasado..., pero que no, vamos, que no es lo mío... También he tomado Centramina para estudiar en un par de ocasiones y no por eso soy un consumidor de anfetaminas... Bien, bien, me dice mientras escribe. Oye, le pregunto, ¿y esta enfermedad es muy grave? Pues..., comienza a hablar mientras tuerce la boca, frunce el entrecejo y mira a la lejanía, ... aproximadamente a la mitad se le c ronifica y se le convierte en cirrosis..., y de esta mitad otra mitad degenera en cáncer de hígado con los años... ¡Joder!, exclamo. ¿Y..., si tenéis vuestra estadística..., no me podéis aplicar el tratamiento en función de mi analítica tras un estudio y seguimiento del caso? No, responde con carácter innegociable, hay que hacer biopsia, decreta.



Es un tratamiento muy caro, añade. ¿Tengo que darte una respuesta ahora...?, le digo. Por el gesto que me pone veo que esta pregunta o no se la esperaba o pensaba que ya estaba decidido. No hace falta, contesta mientras vuelve a escribir. Te haces estos análisis y te citas para cuando te digan que están los resultados, me tiende la hoja; entonces te tienes que decidir..., pero te puedo decir que en más de un 50% de los casos logramos acabar con el virus. Le doy las gracias por su tiempo y su ánimo y me despido hasta la próxima.

Cuando a las tres o cuatro semanas regreso no me recibe el Dr. K sino su colega el Dr. Iriarte. Nada más ver mi analítica me pregunta que por qué no me lo he hecho de sida. Le digo que para qué me lo voy a hacer de sida si lo que yo tengo es hepatitis C. Responde que es una enfermedad asociada al sida y que todos los drogadictos tenemos que... ¡Un momento, un momento!, le detengo la carrerilla y le repito acerca de las drogas lo que ya le dije al otro; no sé qué habrá puesto en el informe pero me lo puedo imaginar tal que si lo leyera. Iriarte parece comprender que ha hablado de más y acto seguido y recordando, o al menos intentando parecer que recordando la compostura -para lo que se disculpa con un lamentable "vamos a hacer como si acabaras de entrar"- me pregunta si me he decidido ya por la biopsia, a lo que me anima como si, efectivamente, no hubiera pasado nada. Entonces lo tuve claro.

Tuve claro, en ese momento, por qué me insistió dos veces el Dr. K en que era un tratamiento muy caro: debía compensarlo aportando a la ciencia un trozo de mi hígado para que experimentasen con él y poder ir completando así su estadística, sus experimentos. Tuve claro el razonamiento por el que lo había bien bautizado como Dr. K después de cargarse al pobre seropositivo terminal al que le practicó la biopsia: si tenía sida terminal ¿para qué le hiciste una biopsia, Dr. K de cabrón? Tuve claras sus cuentas, sus estadísticas: si sólo hacía un par de años que habían sacado los marcadores de la C... ¿de dónde coño había sacado el doctor cabrón esa estadística que me otorgaba un 50% de cirrosis y un 25% de cáncer? Tuve claras las palabras de P., una íntima de mi hermana y cuyo marido padecía hepatitis C y ahí estaba, mal que bien, hasta que otro doctor cabrón le comería el coco de la misma manera que éste me lo había intentado comer a mí, a base de miedo, y en tres meses de Interferón se lo cargó. También tuve claras las recomendaciones de Federico, al que habían dejado calvo y deprimido a base de lo mismo, y las de mi médico de cabecera que era, además, amigo mío: "ni se te ocurra hacerte una biopsia". Y tuve claro el concepto que de mi sinceridad y de mí mismo que tenía el nunca mentado con exceso como doctor cabrón. Y estuve por explotar y vomitar lo que, a buen seguro, ni siquiera a su compañero Iriarte le había contado y que yo sabía por mediación de nuestro amigo común: y que era gay y que su novio había muerto de sobredosis un par de meses atrás. Sácame ahora mismo de la lista de toxicómanos en la que me has metido o voy a dirección y les digo por qué, y por méritos propios, te debían incluir a ti en la de alto riesgo. Comprendí que tampoco haría esto último sencillamente porque yo no soy, ni quería ni quiero ser, como ellos.. Así que me levanté, teniendo más que claro el trato que me proponían, hígado por interferón, "porque es muy caro". Y tuve, sobre todo, claro y diáfano, que siempre ha babido y habrá clases, como ellos dejaron claro. Clases de personas.

Aristónico Casas
Palos de la Frontera 36, 4º B
28045, Madrid Tel.649586953
